

La crisis de la clase dominante

José Félix Tezanos

Parece como si en nuestro país, de pronto, todo se encontrara en crisis. A las instituciones que el franquismo dejó en difícil crisis, ahora se une la crisis económica (que realmente no es nueva) y también, si creemos lo que algunos dicen, la crisis de los principales partidos políticos y, por supuesto, la crisis del Gobierno.

En su conjunto, para el ciudadano medio y poco politizado se ha pasado de una situación en la que no podía recibir información alguna sobre las múltiples crisis soterradas acerca de las que iba sobreviviendo, mal que bien, el franquismo, a otra en la que continuamente es bombardeado por informaciones recurrentes sobre todo tipo de crisis, reales o imaginarias, viejas o nuevas.

Ante una tal inflación de crisis hay muchos españoles que empiezan a sentirse un tanto aturcidos y empieza a generalizarse un cierto clima de temor (de efectos políticos insospechados), al tiempo que crece la confusión sobre el significado y alcance de tantas crisis sobre las que se habla.

Pero, ¿qué es lo que realmente está en crisis en nuestro país? ¿Cuál es el elemento fundamental de nuestra crisis sobre el que gravitan todos los demás? Ciertamente, si profundizamos en las raíces sociales de nuestra situación, más allá de las anécdotas y de las superfi-

cialidades, nos podemos dar cuenta de que lo que realmente se encuentra en crisis en el país es la **clase dominante**. Y ahí está la verdadera raíz de tanta crisis.

Una burguesía ambigua y titubeante

Después de las elecciones del 15 de junio, nadie puede negar que la mayoría de los españoles opinan que en nuestro país continúan "mandando los de siempre". Y esto, en gran parte, es verdad. Especialmente en lo que se refiere a los **resortes fundamentales del poder**. No vamos a negar aquí la importancia que han tenido las elecciones y todo el proceso democratizador como conquista objetiva —y progresiva— de todo el pueblo, pero la verdad es que ello no se traducido aún en una nueva situación de participación en los centros reales de poder y, lo que es más importante, no se ha traducido tampoco en un apartamiento del poder y un cese en sus abusivos privilegios de los que durante tantos años y tan ineficazmente han detentado el poder político y económico en nuestro país. Algunos objetarán que las clases dominantes sí han sido eficaces en la defensa de sus intereses y en la multiplicación de sus privilegios. Pero no seamos ingenuos: la verdad es que su ineficacia fundamental ha estado en que no han sabido crear una situación viable en nuestro país.

En la historia reciente de España tenemos el más claro ejemplo de lo que es una burguesía incapaz de hacer su revolución (la burguesa) y de consolidar un régimen liberal mínimamente congruente con sus intereses. La tardía industrialización española y las específicas coordenadas de nuestra historia han hecho que nuestra burguesía se haya mostrado ambigua y titubeante, a contrapelo entre sus intereses y sus miedos, siempre propicia a ponerse en brazos de "salvadores" y a embarcarse en dudosas alianzas de clases con los sectores sociales más regresivos. Lo ocurrido durante la dictadura de Primo de Rivera, durante la II República y durante el franquismo son magníficos ejemplos de lo que ha sido capaz de dar de sí esta clase dominante.

En el último periodo franquista, en el contexto de un importante proceso de crecimiento económico, no cabe duda de que la burguesía tuvo una ocasión propicia para jugar su papel histórico. Pero prefi-

rió la comodidad de la dictadura y continuó aliada a los intereses y a la trama del poder del franquismo. Y ¿ahora? Ahora, la impresión que dan nuestros gobernantes y la clase dominante en general es que no saben qué hacer; sus tinglados económicos, "cogidos con pinzas", amenazan con derribarse; sus planes y replanes de recuperación económica no convencen, y su incapacidad para generar situaciones política y económicamente viables queda, una vez más, al descubierto. Y esta crisis de la clase dominante, unida a todas las consecuencias de un largo proceso de desgaste y fracasos, es la que está alimentando todas las crisis parciales de nuestra realidad social, incidiendo poderosamente sobre la que es, quizá, la más peligrosa de todas ellas: la crisis de confianza y autoridad. ¿Quién confía hoy en la capacidad de las viejas clases dominantes para sacar al país del atasco en el que se encuentra metido?

Las condiciones del consenso

Que nuestro país necesita cambios serios y profundos parece obvio. Pero lo que no está claro es qué vía es posible para efectuar los cambios necesarios sin peligro de graves involuciones políticas. Pues si resulta claro que las viejas clases dominantes están en crisis y no tienen fuerza suficiente (ni moral ni física) para imponer sus medidas a corto plazo, no es menos cierto que las fuerzas populares tampoco pueden acudir a salvar los intereses de la burguesía participando en Gobiernos de dudosas configuración.

Ciertamente el actual equilibrio de fuerzas hace imposible pensar en soluciones impuestas por ningún sector social. Que, hoy en día, nadie tiene medios ni fuerza suficiente parece bastante claro. Por ello todo el que analiza fría y objetivamente nuestra situación, llega a la conclusión evidente de la necesidad de un acuerdo socio-político de amplio consenso. Pero lo que no es tan evidente es que —como pretenden, o aceptan, algunos— hayan de ser los sectores populares los principales "paganos" de una política económica de recuperación, y la vieja clase dominante su gestora política. ¿Y por qué no al revés?, nos preguntamos muchos. Y cada día que pase creo que vamos a ser más los que pensemos en este último sentido.